

La garçonne

VICTOR MARGUERITTE

TRADUCCIÓN DE
MARTA CABANILLAS



www.gallonero.es

Título de la edición original:
LA GARÇONNE

Primera edición: mayo 2015

© de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, s. L.
© de la traducción: Marta Cabanillas Resino
© del diseño de colección: Raúl Fernández

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por
Ace Traductores.

ISBN: 978-84-94-2357-8-8
Impreso en España
Depósito legal: M-12337-2015

PRIMERA PARTE

Monique Lerbier hizo sonar la campanilla.

—Mariette —dijo a la doncella —,mi abrigo...

—¿Cuál, señorita?

—El azul. Y el sombrero nuevo.

—¿Se los llevo a la señorita?

—No, déjelos en mi habitación...

Una vez sola, Monique suspiró. ¡Ese rastrillo benéfico era un engorro, menos mal que se encontraría allí con Lucien! Se estaba tan a gusto en el saloncito... Recostó la cabeza en los cojines del sofá y se sumergió de nuevo en sus ensoñaciones.

Tiene cinco años. Está cenando en su habitación, en la mesa chiquitita donde todos los días la vigila y le atiende «la Señorita», regente de su vida. Pero aquella noche la Señorita ha librado. La sustituye tía Sylvestre.

Monique adora a tía Sylvestre. Para empezar, ellas dos no son como las demás. Las demás son mujeres. ¡Incluso la Señorita! Fue mamá quien le puso ese nombre: «¡Aunque usted esté viuda, a un ama de llaves siempre se le llama Señorita!».

En cambio, tía Sylvestre y Monique son niñas. Ella, una niña pequeña, aunque ya se crea mayor. Y la tía, una niña grande... ¡Ciertamente grande! Como bien lo demuestra su piel arrugada y los tres pelos que le salen de una verruga que tiene en el mentón.

Además, tía Sylvestre siempre trae guirlache, de almendras y de miel tostada, cada vez que viene de Hyères. Hyères: Monique no sabe muy bien dónde está ni qué es. Hyères le suena como «ayer», algo que está muy lejos... Hoy es lo único que importa. Y hoy es fiesta. Papá y mamá van a ir a la ópera y, antes, los han invitado a cenar en un restaurante.

La ópera es un palacio donde las hadas bailan al son de la música, y el restaurante, un lugar donde se comen ostras... ¡Es solo para mayores!, explica tía Sylvestre.

¡Mira, un hada con un vestido escotado! ¡No, es mamá! Lleva unas plumas blancas en la cabeza y parece que se haya vestido con perlas. Monique toca la tela embelesada... ¡Sí, son unas pequeñísimas, diminutas, perlas auténticas! Le encantaría tener un collar de esas perlas.

Acaricia el cuello de su mamá, que se inclina para despedirse de ella con prisa: «¡No, nada de besos que llevo pintalabios!». Y, al querer tocar con su manita las mejillas aterciopeladas, la impaciente voz le ordena: «¡Quieta! ¡Vas a quitarme el colorete!». Papá está detrás, vestido de negro, con un chaleco del que sobresale una gran V blanca. ¡Es una camisa muy extraña, como de cartón satinado! Mamá le cuenta a tía Sylvestre, que la escucha sonriente, una historia muy larga. Pero papá da golpecitos con el pie y grita: «¡Con esa manía de pasaros tres horas embadurnando las cejas de negro y las uñas de rosa, nos vamos a perder la obertura!».

¿Qué tiene que abrirse? ¿Las ostras? No; en cuanto mamá y papá se van sin darle un beso —Monique está apesadumbrada—, tía Sylvestre le explica qué es la obertura... Así que, ¿la música se abre?

Monique, fantasiosa, pregunta: «Entonces, ¿de qué está hecha?». Y tía Sylvestre, que la ha sentado en sus rodillas, se lo

explica mientras la acaricia: «La música es el canto que sale de todas las cosas... De uno mismo cuando se es feliz, del viento cuando silba entre el bosque y el mar... También es el concierto que forman los instrumentos y que nos recuerda todo eso... Y la obertura es como una gran ventana abierta al cielo para que la música entre y la escuchemos. ¿Lo entiendes?».

Monique mira con cariño a tía Sylvestre y asiente con la cabeza.

Monique tiene ocho años. Ha dado un estirón. Tose a menudo. De modo que, cuando pasea por la orilla del mar, la Señorita (ya no es la viuda, sino una luxemburguesa que le desagrada y que tiene unas mejillas como globos colorados) tiene orden de no dejarla chapotear con las piernas desnudas en los charcos de marea donde colean las gambas. También tiene orden de no dejarla correr en la bajamar por la arena que, mojada, se endurece. No puede recoger las algas frescas que han absorbido todo el olor del océano ni conchas, entre ellas la caracola nacarada que encierra el rumor de las olas...

—¿Qué piensas hacer con todas esas porquerías? ¡Tira eso!
—dijo mamá de una vez por todas.

Monique tampoco puede leer, como le gustaría (prestar atención provoca dolor de cabeza). En cambio, todos los días tiene que hacer una hora de escalas (por más que diga que le saca de quicio, al parecer es un buen entrenamiento para los dedos). ¡Vamos, que si eso son vacaciones, Trouville es más aburrido que París!

Encima, ve a sus padres menos aún. Mamá va siempre de un lado a otro en el coche con sus amigos. Y por la noche, las pocas veces que cena, en cuanto se arregla, se marcha a bailar al casino.

Vuelve muy tarde... así que por la mañana duerme. ¿Y papá? Solo viene los sábados, en el tren de los maridos. Y se pasa el domingo hablando de sus asuntos con otros señores.

Lo peor es cuando mamá quiere ir a la playa. Vemos cómo se cruzan las filas de gente que sube y baja por el paseo de planchas de madera, como si estuviéramos en una tienda de lencería. Los maniqués se exhiben, idénticos, en filas apretadas. Los señores y señoras que hablan en corro, sentados alrededor de las casetas de mimbre o de las carpas, intercambian saludos con los señores y señoras que van en procesión. Estos, cuando llegan al final del camino entablado, dan media vuelta ¡y otra vez a empujar! ¿Detrás de qué van? Monique no lo sabe. ¡Un misterio más! Por las respuestas que le sueltan ante sus incesantes preguntas, el mundo está lleno de misterios...

Por lo pronto, se divierte junto a la caseta materna, con la pequeña Morin y una niña cuyo nombre desconocen. La han apodado Peonza, porque da vueltas sobre un pie mientras canta. En cuclillas, bajo la mirada distraída de la luxemburguesa, las tres construyen un castillo dorado, con sus bastiones y sus fosos. En el medio, con un rastrillo al hombro, permanece de pie con aire marcial un chiquillo de pelo rizado al que llaman Cordero. Lo han puesto ahí para que se esté quieto y le han dicho: «Tú eres la guardia».

El juego consiste en que, cuando hayan acabado el castillo, liberarán a la guardia y, en su lugar, encerrarán a la que se deje atrapar de las tres. Pero el castillo tarda mucho en terminarse. Cordero patalea y, sin esperar a que esté listo, ejecuta una vigorosa salida. Peonza y la pequeña Morin salen corriendo. Monique, que confía en lo convenido, no se mueve. Pero, cuando Cordero quiere apresarla, se resiste y él la empuja... Hay golpes

y gritos. La luxemburguesa, que sale disparada, recibe su parte de tortazos. Llegan las madres. Separan a los combatientes y les regañan sin escuchar las explicaciones, confusas a la par que contradictorias. Cordero forcejea y recibe una bofetada. Al mismo tiempo, Monique siente que una mano se estampa en su cara: ¡plis! ¡plas! «¡Así aprenderás!» Le escuece.

Se queda mirando horrorizada a la enemiga que acaba de abusar de su fuerza. La enemiga, satisfecha por haber equilibrado culpas y castigos es... ¡su madre! ¿Cómo puede ser? Rabia y estupor dividen el alma de Monique. Ha conocido la injusticia. Y la padece, como mujer que es.

Monique tiene diez años. Ya es mayor. O más bien, manifiesta su madre encogiéndose de hombros, es una niña insoportable llena de fantasías, sofocos y nervios.

¡Para empezar, no hace nada como el resto de la gente! El domingo pasado, desgarró por completo su vestido de encaje y cogió frío jugando al escondite en el jardín de la señora Jacquet, junto con Michelle y unos pillastres. Era de punto antiguo de Malinas: una auténtica ganga, a 175 francos el metro... ¡Y ayer, mientras desayunaba en la pastelería, no se le ocurrió otra cosa que coger un bizcocho enorme del escaparate, de casi un kilo, para llevárselo —¡afuera, a la calle!— a una niña harapienta que se lo estaba comiendo con los ojos! ¡Ya podía haberle dado un buen pan! Por más que quisiera pagarlo con sus propios ahorros, eso no es caridad, es extravagancia. En el fondo, es incluso falsa generosidad. No hay que darles a los desgraciados el gusto y, por consiguiente, el disgusto, de lo que no pueden tener.

Semejantes razonamientos entristecen a Monique. A ella le gustaría que todo el mundo fuera feliz. También le apena que

su familia no la comprenda. ¡No es culpa suya si su carácter no se parece a los que ve en su entorno! Y tampoco es culpa suya si tiene unas mejillas hundidas y una espalda encorvada que no hacen honor a sus padres: «¡Has crecido como una mala hierba!», le repiten una y otra vez... Le han augurado hasta la saciedad que si continúa así, se acabará poniendo enferma. Monique lo acepta con resignación, casi con gusto. ¿Morir? No sería una gran desgracia. ¿Quién la quiere? Nadie. ¡Sí, tía Sylvestre!

La tía está allí en las vacaciones de Semana Santa, cuando Monique se levanta tras una fuerte bronquitis y tres semanas en cama, tan débil que no le sostienen las piernas. El médico declara: «Esta niña tendría que vivir en el campo una buena temporada... si es posible, en el Midi, junto al mar. El clima y la vida de París no le convienen en absoluto», y la tía exclama: «¡Se viene conmigo! Hyères es un lugar perfecto, ¿verdad, doctor? El sitio ideal...».

Todo se acordó inmediatamente. Monique está tan feliz fantaseando con su soleado traslado, al lado de su verdadera mamá, que no le entristece que su padre y su madre no manifiesten ningún pesar.

Monique tiene doce años. Una trenza le cuelga por la espalda y lleva vestidos escolares de cuadros. Es la primera de su clase en el internado de tía Sylvestre. En lugar de las calles grises cubiertas de niebla, un jardín vertical se extiende por la colina. El sol lo viste todo de un ligero esplendor. Luce sobre las hojas de los palmitos, que parecen helechos gigantes, y sobre los aloes azules o bordeados de amarillo simulando ser enormes ramilletes de cinc. El mar y el cielo son de un mismo color azul oscuro y se confunden en el horizonte.

Vuelve a ser Semana Santa, ¡una florida Semana Santa! Jesús avanza subido en su borrico entre el júbilo de los ramos verdes. Es como si la tierra fuese una única alfombra, resplandeciente y abigarrada, de rosas, narcisos, claveles y anémonas.

Mañana, Monique se vestirá toda de blanco, como una pequeña novia. ¡Mañana! Es la celebración de su boda espiritual. El cura Macahire —no puede decir su nombre sin reírse— va a admitirla, junto a sus compañeras de catequesis, en la Santa Mesa.

Ha intentado embeberse de las bonitas historias de los Testamentos, y el resultado ha sido mucho mejor al tener como profesora a su buena amiga Élisabeth Meere, «Zabeth», que es protestante, hizo la primera comunión hace cuatro años y su ferviente rigor añade una exaltación particular a la fiebre mística que abrasa a Monique. En la adoración al Señor, ambas descubren imperceptiblemente el amor.

Para Monique el amor es confianza, abandono y pureza. Se deja llevar por sus sueños con una embriaguez ingenua. Tiene un único y pueril temor: profanar —al morder la hostia nívea— el cuerpo, invisible y presente, del Divino Esposo.

Pero antes debe confesar sus malos pensamientos, como le ha aconsejado el padre Macahire. Aunque intente rechazarlos, tiene dos. Las malvadas moscas no dejan de posarse en el lirio de su espera... ¡Su bonito vestido! Coquetaría. ¡Y los huevos, los huevos de Pascua! Gula. Primero el grande, de chocolate, que le enviarán desde París, y luego los medianos y los pequeños, de azúcar, de todos los colores, incluso un huevo de verdad, cocido en agua de color rojo, ¡es tan divertido buscarlos entre las matas y los arriates del jardín!

Es la principal ocupación de tía Sylvestre, que lleva una semana preparando juegos y sorpresas para todo el internado.

También es su manera de comulgar. Pero al padre Macahire no le parece bien y dice: «¡Qué pena que una mujer tan buena sea una impía!».

No debe de ser un pecado muy grave, pues el señor cura parece perdonarla. ¡A Monique le fastidiaría ir al paraíso si tía Sylvestre va al infierno! Pero todos esos pensamientos le dan dolor de cabeza... Es feliz y hace buen tiempo.

Monique tiene catorce años. No recuerda haber sido una niña endeble. Es robusta como una tierna planta que ha encontrado un terreno adecuado y crece abundante.

Está en la maravillosa edad de las lecturas, cuando se descubre el mundo imaginario y la juventud cubre con un mágico velo el mundo real. No tiene conciencia del mal, de tanto cuidado que ha puesto su educadora en extirparlo de esta alma naturalmente sana. Por el contrario, tiene sensibilidad hacia el bien y lo desea.

No es soñadora, sino creyente. Pero ya no en Dios, pues dejó atrás los conceptos contradictorios del padre Macahire y de Élisabeth Meere. Ella sola, y de forma inconsciente, se ha convertido al razonable materialismo de tía Sylvestre, conservando, al igual que ella, una impronta espiritualista. Además muestra —un fermento de su doble y primer misticismo— cierta tendencia a lo absoluto. En consecuencia, le horroriza la mentira y adora, religiosamente, la justicia.

Élisabeth Meere sigue siendo una gran amiga. Ha cambiado de culto y de luterana ha pasado a ser sionista. Lleva tres años enamorada de Monique y el hecho de desearla sin esperanzas solo acrecienta su amor. Pronto dejará el internado y su hipocresía se amilana ante la evidente pureza de la adolescente. Sus besos querrían posarse, y no se atreven.

Monique, que siente una especie de pasión sentimental por el profesor de dibujo (un antiguo Premio de Roma con cierto parecido a Alfred de Musset), no sospecha ni por asomo los gustos de Zabeth, como tampoco la lascivia, también oculta, del señor Rabbe (el falso Musset).

Es un día del mes de junio. Empieza a anochecer. En el jardín sigue haciendo tanto calor que, bajo los vestidos, la piel se cubre de sudor. Después de cenar, Zabeth y Monique toman el camino de las lavandas, que sube hasta la gran roca rojiza, desde donde se dominan las Salinas y, más allá, el mar. Por el otro lado se vislumbran los montes de Maures, azules sobre el cielo verde. A lo lejos hay un pequeño velero de color naranja y el cielo está cubierto de unas pesadas nubes cobrizas.

«¡Me muero de calor!», dice Zabeth, que arranca nerviosamente una olorosa hoja de naranjo y la mordisquea. El olor de los altos eucaliptos se mezcla con el de las aulas y las jaras. El aroma embriagador de la tierra provenzal.

Monique se desabrocha la camisa y levanta los desnudos brazos, buscando en vano algo de frescor. «¡Vaya, se ha roto el tirante!». La camisa resbala, dejando los senos al descubierto. Se elevan con una redondez pequeña, pero perfecta. Capullitos de rosas que despuntan sobre su piel pálida, vetada de azul.

Zabeth suspira: «¡Otra noche que dormiré mal, aunque me acueste desnuda... ¿Sabes que tus senos se están poniendo tan grandes como los míos?». «¿Ah, sí?», dice Monique, encantada. «¡Sí! Mira... Solo que los tuyos son como manzanas y los míos, como peras...» Zabeth desnuda apresuradamente su pecho dorado, en el que se erigen, como una invitación tácita, dos frutos más pesados. Compara la forma alargada de sus pezones

oscuros y duros con el satinado contorno de los senos de Monique. Los abarca con las manos y los acaricia despacio.

Monique sonríe al experimentar esa agradable sensación, sin pararse a pensar en ella... Pero, de pronto, los dedos de Zabeth se contraen y exclama: «¡Para! ¿Qué haces?». Zabeth se sonroja y balbucea: «No lo sé... ¡Será por la tormenta!».

Por primera vez, Monique siente una extraña turbación. Se abrocha rápidamente la camisa. Al mismo tiempo, una voz resuena a lo lejos. Es tía Sylvestre, que las llama: «¡Monique, Zabeth!». Zabeth, incómoda, se viste... Monique contesta: «¡Estamos aquí!». El eco de la voz se oye cada vez más cerca...

La tormenta se ha alejado.

Monique tiene diecisiete años. Cuenta mentalmente: uno, dos, ¡tres años ya que dura la guerra...! ¿Cómo es posible? Desde hace tres veranos, Hyères se ha convertido en una especie de gran hospital donde los heridos vuelven a nacer.

La persiguen ojos atemorizados que parpadean con el sol al salir de una larguísima noche de terror. No entiende cómo los que luchan pueden acostumbrarse a esa especie de muerte horrenda que es su vida. Tampoco entiende cómo los que fingen luchar un poco —¡muy poco!— y los que no luchan en absoluto, aceptan el sufrimiento y la matanza que padecen los demás.

Le perturba la idea de que una parte de la humanidad esté sangrando mientras la otra mitad se divierte y se enriquece. «¡Orden, Derecho, Justicia!»: estas altisonantes palabras que se esgrimían como banderas, terminaron de reforzar su incipiente rebeldía contra la mentira social.

Aprobó con nota el examen final de unos estudios que realizó mientras se sacrificaba por los demás de forma incesante e

ingeniosa. No se dedicó solamente a los convalecientes de Hyères sino también a la oscura muchedumbre aquejada de todo tipo de males en la fétida cama de las trincheras.

Ahora empieza para ella una nueva vida: París, las clases en la Sorbona... Monique regresó con su familia. Se despidió de tía Sylvestre, del internado, del jardín, de todo lo que la ha convertido en una muchacha despierta, de mirada resuelta y pura y mejillas frescas. Adiós a un dulce pasado con el que, a la vez que recobraba la salud, ha forjado su carácter.

Ya en la avenida Henri-Martin, entrar en su habitación de niña, preparada con esmero, le ha causado una gran alegría. El recibimiento que le han dado su padre y su madre le ha emocionado. Ahora siente que los suyos la tienen en cuenta: por fin les honra. Tía Sylvestre ha puesto la semilla y ellos recolectan. Está satisfecha de ella misma y no les guarda rencor por su desapego ni por su egoísmo. Les quiere por principio.

Por primera vez desde 1914, vuelven a Trouville. Monique consagra el mes de agosto a ser enfermera voluntaria en el hospital auxiliar nº 37. De día, le absorbe tanto su trabajo y, de noche, sus lecturas, que no se preocupa de los demás. A los que menos ve es precisamente a los más cercanos: a su madre, siempre de un lado para otro, y a su padre, siempre ausente... La fábrica Lerbier manufactura para la guerra y, al parecer, gana millones produciendo explosivos. ¡Y pensar que, mientras tanto, los que se han escabullido, los supervivientes y los espectadores celebran frenéticas fiestas tranquilamente! ¡En Deauville se aparejan y bailotean, bailotean y se aparejan!

Monique tiene diecinueve años. La pesadilla ha terminado. Desde el armisticio, siente tal fuerza expansiva, tal necesidad

de renacer, que prácticamente se ha olvidado de la guerra. La arrastra el oleaje cotidiano.

Más metida en sí misma que nunca, y cada vez menos partícipe en la vida de sus padres, asiste a clases de literatura y de filosofía, practica deportes: tenis, golf... Y el resto del tiempo se divierte moldeando flores artificiales... Una manía suya.

La mundana pandilla a la que, a su pesar, pertenece, la tacha de extravagante, incluso de altiva, porque no le gustan el coqueteo ni el baile. Monique, a la inversa, califica a sus amigas de locas más o menos inconscientes y profundamente depravadas... ¿Hurgar, como Michelle Jacquet, en los bolsillos de los pantalones de sus amiguitos? ¿O esconderse en todos los rincones con sus amigas íntimas, como Ginette Morin? No, gracias.

Monique, si estuviera enamorada, solo querría un amor verdadero, al que se daría en cuerpo y alma. Todavía no lo ha encontrado. De entre todos los hombres de los que le habla su madre, empeñada en casarla cuanto antes, solo hay uno que le llama la atención: el industrial Lucien Vigneret. Pero aunque varias veces se haya alegrado de verlo, él no se ha fijado en ella en absoluto.

En las ensoñaciones de Monique, tumbada en el diván, su vida desfila como por una misteriosa pantalla mediante imágenes superpuestas. Minuciosas alucinaciones donde emerge el recuerdo desde la bruma del olvido y toma forma... Piensa en esos dobles de sí misma que se desvanecen. Ahora tiene veinte años y está enamorada.

Está enamorada y se va a casar. Dentro de quince días será la señora Vigneret. Su sueño se ha cumplido. Cierra los ojos y sonríe. Emocionada, sintiendo todavía un estremecimiento, piensa

en que el ayuntamiento, la celebración oficial y la soporífera parafernalia del cóctel —donde muchos la felicitarán con picantes segundas intenciones—, no aportan nada a su felicidad.

Hace dos días se dejó tomar ingenuamente, se entregó por completo a quien es todo para ella. Fue una unión precipitada, dolorosa, pero de la que guarda una orgullosa alegría. ¡Su Lucien, su fe, su vida! Lo verá dentro de un rato, en el rastrillo. Toda su persona está deseando que llegue ese dulce momento.

Ha accedido a sus deseos porque lo ama. Está contenta y orgullosa de ser, desde ahora, «su mujer», de haberle demostrado su confianza con la máxima prueba de abandono. ¿Esperar? ¿Negarse hasta la calculada noche de la consagración? ¿Por qué? Lo que da valor a las uniones no es la aprobación legal, sino la voluntad de la elección. ¡Y en cuanto a las convenciones...! ¡Ocho días antes, ocho días más tarde...!

¡Las convenciones! Sonríe, con un malicioso rubor, imaginándose el sonido de la perentoria palabra en boca de su madre. ¡Si ella supiera...! La puerta se abrió y Monique dio un respingo. La señora Lerbier apareció con el sombrero puesto.

—¿Todavía no te has preparado? ¡Estás como loca! El coche ya está aquí. ¿Te has olvidado de que a las dos y media te llevo al Ministerio de Asuntos Exteriores?

—¡Ya estoy lista, mamá! Solo tengo que ponerme el abrigo. La señora Lerbier alzó los ojos al cielo y protestó:

—¡No voy a llegar a tiempo a mis citas!